



Almodena Grandes, fotografia de Daniel Mordzinski

Literatura, historia y memoria. Conversación con Almudena Grandes

Mario Amorós

La primavera nos ha traído la nueva novela de Almudena Grandes. *Las tres bodas de Manolita* (Tusquets Editores, 768 páginas, 22,90 euros) es el tercer eslabón de su ciclo de seis obras titulado, en homenaje a Benito Pérez Galdós, *Episodios de una Guerra Interminable*. Sus nuevos personajes carecen de la épica de los de *Inés y la alegría*, que abordó la penetración de las columnas guerrilleras del PCE en el Valle de Arán en el otoño de 1944, y de *El lector de Julio Verne*, que recuperó la lucha del maquis en la sierra sur de Jaén en aquella década. Manolita, su hermano Antonio, Eladia, La Palmera, Silverio... pugnan por sobrevivir en el desolado Madrid de principios de los años 40 y ellos, como Inés o *El Cencerro*, también dijeron no a la dictadura. Sus peripecias, su miedo, su hambre, su cárcel, su sufrimiento, pero también su amor y su tenaz voluntad de sobrevivir fueron los de millones de españoles en aquellos oscuros años.

Almudena Grandes (1960) nos recibe el 6 de marzo en un céntrico hotel de Madrid, en los primeros días de promoción del libro. Su formación es la de una historiadora, puesto que se licenció en Geografía e Historia por la Universidad Complutense. Sin embargo, a los 29 años el extraordinario éxito de su *opera prima*, *Las edades de Lulú*, le permitió dedicarse a la creación literaria con un gran éxito de crítica y público. *Te llamaré viernes*, *Malena es un nombre de tango*, *Atlas de geografía humana* o *Los aires difíciles* marcan la primera etapa de su trayectoria. En 2007 una novela monumental, épica y deslumbrante sobre la Guerra Civil y sus cenizas aún hoy vivas, *El corazón helado*, abrió el cauce de un río creativo en el que confluyen, como caudalosos afluentes, la literatura, la historia y la memoria.

Desde hace casi una década sus novelas se incrustan en la historia de España en el siglo xx, principalmente en la Guerra Civil y la posguerra. Sus estudios de historia le habrán sido útiles para esta tarea...

Sí, y lo fundamental, más que los conocimientos, ha sido la metodología, es decir, la capacidad para combinar la libertad creadora propia de la literatura con la lealtad a los hechos históricos que caracteriza a la historia. Porque cuando escribes una novela basada en hechos reales lo que no puedes hacer de ninguna manera es manipular o mentir. Naturalmente, puedes escoger qué cosas cuentas y cuáles te callas, porque la objetividad, como saben los historiadores honestos y todas las personas honestas en general, es una quimera. Porque escribir es mirar el mundo y contar lo que cada uno ve. Cada uno de nosotros tiene una idea distinta sobre lo que es el bien, lo que es el mal, lo que es justo y lo que es injusto. No puedes despegarte de tu identidad cuando te pones a escribir. La familiaridad con que trato a los personajes históricos y, al mismo tiempo, el respeto que tengo por la historia viene de mis tiempos de la carrera.

¿Cómo se documenta para escribir novelas como *Las tres bodas de Manolita*?

Cuando en 2002 tuve esta especie de deslumbramiento por la historia contemporánea, y me enganché a ella como los niños a los videojuegos, no me limité a explorar unas fuentes concretas. No he leído solo novelas, ni solo memorias, he devorado también reportajes, propaganda, trabajos sobre la época, libros de la época... He revisado muchas fotografías, casi todo el cine republicano y casi todo el cine de los años 40 que se puede ver. Precisamente, el cine me ha sido muy útil porque tiene esa capacidad que es formidable para comprender la cáscara de una época que es la instantaneidad. Es mucho más superficial que la literatura, pero es mucho más instantáneo. La literatura necesita mucho más tiempo para sedimentarse.

Cuando leí *Querido Eugenio*, el conmovedor libro testimonial de Juana Doña sobre su marido (Eugenio Mesón, dirigente de la JSU fusilado en 1941), descubrí que el cura de la cárcel madrileña de Porlier se lucró organizando «bodas» (encuentros íntimos de los presos políticos con sus parejas), se forró con la desesperación de los presos. Es una historia tan terrible y tan romántica a la vez que me pareció una novela en sí misma. Juana Doña escribió otros libros sobre su experiencia penitenciaria, pero *Querido Eugenio* es un testimonio sobre la cola de la cárcel. Ella entonces era una mujer que iba a visitar a su marido. Y la cárcel era un mundo, pero la cola de la cárcel era otro mundo.

Escribo estos libros porque tengo la impresión, y creo que hasta ahora los lectores la comparten conmigo, de que parece que los españoles vivimos encima de una mina de oro y no lo sabemos. Aquí rascas un poco y hay una cantidad

ingente de héroes, de villanos, de aventuras, de misterios, de intrigas, de historias que no se han contado y que son maravillosas. Cuando descubrí la historia del túnel de Nuevos Ministerios en el libro de Ronald Fraser (*Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*), que la utilizo en la parte final de esta novela, me sucedió lo mismo que cuando conocí la invasión guerrillera del Valle de Arán en el otoño de 1944: primero, cómo pudo existir ese túnel y después cómo es que yo no lo sabía. Esta sensación despierta mucho mi imaginación.

¿Ha investigado personalmente en los archivos?

Fui al Archivo Histórico del PCE, en Madrid, hasta que contacté con Fernando Hernández Sánchez, que se le conoce entero. Yo *molesto* bastante a los historiadores, tengo muchos amigos historiadores, y tampoco me avergüenza ponerme en contacto con otros que conocen muy bien un tema que me interesa.

La resistencia armada al franquismo da paso ahora en su nueva obra a la lucha soterrada y cotidiana. ¿Por qué?

La posguerra fue una época mucho más cruel que la guerra, si exceptuás la pérdida de vidas humanas tan tremenda de la contienda, porque se supone que después de una guerra llegan la paz y la reconciliación e incluso las políticas de ayuda a los derrotados. Es lo que sucedió en Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Pero en España no fue así. Aquí, después de la guerra, empezó otra *guerra*: hacerle la vida imposible a media España con el hambre y la desesperación. Este es el tema central de *Las tres bodas de Manolita*.

¿Cómo es su protagonista?

Manolita es una chica corriente en todos los sentidos, incluso físicamente, y con mala suerte en la vida. No tiene nada de particular y, sin embargo, es una heroína, tanto como Inés. Su hazaña es sobrevivir e incluso, a pesar de que le llaman «la señorita Conmigo no Contéis», decide arriesgarse y ayudar al PCE. A Manolita le cambia la cola de la cárcel, el sentimiento de que ese es su sitio, de formar parte de algo más grande y de que cada uno de los presos es como el padre de todos, la relación de amistad y de fraternidad de la cola de la cárcel.

Entonces ella dice que lo que no han conseguido su hermano Antonio y sus compañeros instándole a que se afilie lo consiguen estas mujeres que se intercambian recetas, que consiguen que la vida triunfe sobre la muerte. Empieza a experimentar un proceso personal de quererse más que nunca, de considerarse a sí misma mucho más valiosa que nunca y el amor de Silverio es lo que acaba

de convertirla en una mujer distinta. Es emocionante cuando Manolita dice: yo fui feliz en el locutorio de una cárcel en 1941. Esa historia, que es lo que más me gusta de toda la novela, es lo que transforma a Manolita en una mujer distinta y lo que la convierte en una superviviente, de ahí saca la fuerza para aguantar.

Esta es una novela de resistencia civil, de resistencia política, ya no hay resistencia armada. En *Inés y la alegría* y en *El lector de Julio Verne* los personajes iban armados, es decir, siempre estaban en riesgo de morir o de matar a otro ser humano. Eso daba a las novelas una velocidad y una tensión que aquí no existen. En *Las tres bodas de Manolita* es todo lo contrario: los personajes son como las figuritas que salen en los documentales de la época...

Son supervivientes de una guerra atroz en una ciudad destruida...

Sí. Esta novela me daba miedo por dos razones. Primero, porque los personajes eran muy pequeños, aquí no tenía grandes *perchas* épicas de las que *colgarlos*. Pero sobre todo me daba miedo porque era una novela terrible, una novela en la que muere mucha gente, una novela muy funeral. Me daba mucho miedo la truculencia, siempre me da miedo la truculencia, y yo no quería escribir una novela triste. Lo que quiero transmitir es lo que contaban Juana Doña y Manolita del Arco acerca de la cola de la cárcel y de las mujeres de los presos: que bien nos lo pasábamos. Josefina Samper, la esposa de Marcelino Camacho, me contó la anécdota de la pescadilla que incluyo en el libro y decía que se reían... Es increíble. Quería contar eso, no quería hacer una novela triste y tenebrosa. Y eso ha sido posible por el carácter de Manolita, porque mi protagonista es una superviviente, una mujer que decide que va a tirar para delante caiga quien caiga y ese carácter es el que de alguna forma impregna la temperatura de la novela y lo que me ha permitido que no sea una novela sangrienta o tenebrosa.

La novela recoge la estremecedora historia de Isabel Perales, quien estuvo encerrada en el colegio Zabaldide de Bilbao (propiedad de los Ángeles Custodios), donde los hijos de los presos políticos republicanos *redimían* con el trabajo forzado el *pecado original* de su filiación. ¿Cuál considera que fue el papel de la Iglesia católica en aquel tiempo?

Lo principal me parece su identificación con la represión de la dictadura. Creo que tuvo, incluso, una responsabilidad penal. La Iglesia católica tendría que pedir perdón, pero como en este país no ha habido ninguna ruptura explícita de los vínculos de la democracia con la dictadura y tampoco el Estado ha pedido perdón ¿por qué la Iglesia sí va a hacerlo?

De todas las historias del libro quizás la más cruel es precisamente la de Isabel Perales por lo que cuenta y por las consecuencias que implicó: estuvo enferma dos años, pesaba 37 kilos, no le venía la regla, padecía anemia perniciosa y tenía las manos destrozadas. Se lo pregunté un montón de veces: ¿no tenías familiares que se hubieran hecho cargo de ti? Me decía que sí, pero que no podía salir de allí hasta que su madrastra no saliera de la cárcel. Transferían la tutela legal a la institución en la que estaban y eso sí que es monstruoso. Era monstruoso jurídicamente que los hijos de los presos redimieran pena. La verdad es que pensé en no poner el nombre del colegio, pero Isabel lo quería y me pareció desleal obviarlo.

En cualquier otro país el internamiento de dos hijas pequeñas de una presa política hubiera sido un ejemplo de política asistencial positiva, pero en la España franquista se convirtió en un gran negocio para los vencedores: para aquellos colegios era un chollo recibir a aquellos niños porque el Estado pagaba una cantidad por su manutención y además les hacían trabajar como mano de obra esclava, como a los presos penados. Otro de los temas centrales de la novela es la corrupción generalizada que permitió que los vencedores de la guerra se forraran a costa de los derrotados.

Muchas personas querrán hablar con usted para relatarle sus vivencias personales en la guerra y la posguerra...

Constantemente. Pero claro, yo no puedo contarlo todo, aunque creo que a lo mejor mis novelas pueden animar a otros escritores a hacer libros parecidos. Y también sucede algo previsible: muchas personas reaccionan cuando conocen la novela publicada. Por ejemplo, después de publicar *El lector de Julio Verne* me contactaron como catorce personas para relatarme cosas sobre la guerrilla en Jaén en los años 40... Pero el libro ya estaba en la calle.

El caso de Isabel Perales fue especial. Le di mi dirección y se plantó un día en mi casa a las doce de la mañana. Y es especial por la historia: había que contarla.

Su novela se caracteriza por un realismo galdosiano, una descripción muy vívida del tiempo histórico y de las circunstancias y avatares de personas comunes en aquella sociedad...

Es un homenaje a Galdós porque he adoptado su modelo narrativo y para mí es un motivo de orgullo porque los escritores nunca escribimos en vacío. Siempre escribimos porque ha habido alguien que lo ha hecho antes y para que alguien lo haga después. Y entonces para mí es un motivo de gratitud y de orgullo. Por eso en todas las obras algún personaje lee los libros de Galdós, te recuerdo que Inés pedía las obras completas a su cuñada Adela cuando estaba en Lleida. Y los *Epi-*

sodios de una Guerra Interminable también es una serie galdosiana en el sentido de que aparecen personajes de las otras novelas, como Nino, Inés, Comprendes... Esta es la novela central del proyecto, por eso hay muchas conexiones hacia atrás y muchas hacia delante, pero estas últimas solo me las sé yo...

Es decir, veremos a Manolita en las siguientes novelas...

Claro, aparece en la cuarta y Rita también. El marido de esta es el protagonista de la cuarta.

Otro de los personajes centrales de la novela es un homosexual apodado La Palmera que trabaja en el tablao flamenco. Es muy significativo porque en 1931 siente que, con la proclamación de la Segunda República, ha llegado la hora de los de abajo, de los oprimidos, de los siempre humillados, y por tanto también «la hora de los maricones». Era el anhelo de un país distinto, moderno...

En una novela en la que todo el mundo tiene miedo de las consecuencias de lo que pueda hacer, La Palmera es un homosexual que además tiene miedo de las consecuencias que tenga lo que puede ser. Me imagino lo que era ser homosexual en España en los años 20 y de repente la explosión de 1931 y todas esas chicas de barrio con sábanas blancas y gorros fríos, el desorden, esas fotos de la Puerta de Alcalá donde hay gorras, sombreros y cabezas destapadas, todo mezclado... Y pensaba que eso para una persona marginal debía ser como la llegada de la libertad también para ella, como la gran oportunidad.

La Palmera es un personaje clave en la estructuración de otro de los grandes temas que recorre la novela, la solidaridad, la red de solidaridad de la cola de la cárcel de Porlier, de los amigos entre ellos y de las chicas del tablao que protegen a Antonio. Y La Palmera cuida a Manolita porque a él le han dado muchos palos y es también el ángel de la guarda de Eladia.

La novela también nos pasea por el Madrid de la época. La ciudad es casi un personaje más...

Madrid es mi ciudad literaria y vital. En esta ocasión me he permitido hacer un homenaje íntimo: yo había escrito mucho sobre Madrid, pero siempre había hablado del barrio de mi padre, la zona de Malasaña-Tribunal, donde vivo hoy. Pero en esta novela me he centrado más en el barrio de mi madre, las calles entre Atocha y la Cibeles. Allí transcurre principalmente la vida de los protagonistas de *Las tres bodas de Manolita*, allí viven, allí trabajan. También el barrio de mi

padre aparece mucho, así que he tenido a mi familia muy presente durante los tres años que he tardado en escribir esta novela. Y los refranes y los chascarrillos, el lenguaje castizo que utilizo mucho por primera vez, los he sacado de mi casa, con dichos habituales en mi padre. Él también tuvo un amigo que se llamaba Puñales, como Antonio, el hermano mayor de Manolita.

¿Por qué los protagonistas de estas novelas son militantes del Partido Comunista de España?

Porque escribir una novela sobre la resistencia al franquismo, sobre todo en los años 40 y 50, y que los protagonistas no sean del Partido Comunista es muy difícil... No había entonces otra resistencia organizada que la que giraba alrededor del PCE.

Y hay una reivindicación histórica del papel del PCE, por supuesto. Sin ocultar las sombras...

Por supuesto. Mira, cuando publiqué *Inés y la alegría* hubo mucha gente que se enfadó conmigo, pero les dije que lo que no podemos es pedir transparencia a los demás y no practicarla nosotros. Un novelista no tiene por qué ser neutral. Y un novelista puede elegir lo que cuenta y desde donde lo cuenta. Yo he elegido contar en una serie de novelas un periodo histórico desde el punto de vista de los resistentes y tengo que ser solidaria con mis personajes. Eso no implica que en mis novelas no haya *rojos* malísimos y no haya franquistas buenos, que, por otra parte, los tuvo que haber.

Para los vencidos ¿la guerra civil acabó en 1939 o, tal vez, en realidad en 1977-1978?

Creo que sí. Bueno, este punto es el final de la sexta novela de la serie... que no te voy a contar (risas). Los *Episodios de una Guerra Interminable* se llaman así porque narran los primeros 25 años de la dictadura desde la perspectiva de los que dijeron que no la aceptaban, que no se iban a integrar en ella. Creían que la guerra no se habría acabado hasta que hubieran recuperado la democracia arrebatada. La sexta novela nos llevará a los años 60, cuando los resistentes del primer periodo enlazan con los nuevos sindicatos, el nuevo antifranquismo.

Por cierto, es muy curioso que en muchos países europeos, como Bélgica u Holanda, la resistencia al fascismo fue nominal, simbólica, y sin embargo todas las ciudades y pueblos están llenos de placas que la recuerdan y esos países tienen

incluso el día del antifascismo. Y en España, donde como me dijo Jorge Semprún no hubo un solo día desde el 1 de abril de 1939 en que no hubiera gente luchando contra la dictadura, parece que no debemos nada a estas personas.

Un lugar central en la novela lo ocupa «El Orejas», *alter ego* de Roberto Conesa, uno de los principales agentes de la siniestra Brigada Político-Social, la policía política del franquismo...

He escrito esta novela porque me fascinaron tres historias reales: las bodas de Porlier, la historia de Isabel Perales y la de las multicopistas que el PCE trajo clandestinamente a Madrid desde América. Pero luego estaba Roberto Conesa, a quien encontré por casualidad. Se sabe muy poco de su vida: que fue militante de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) durante la guerra, que traicionó a sus compañeros y entregó a muchos de ellos (como Matilde Landa o «Las Trece Rosas»), que espía a los exiliados republicanos en Toulouse, que se infiltró en el PCE... Me he inventado un personaje de ficción, que solo tiene un nombre, Roberto, y un apodo, «El Orejas», y lo he tratado con más libertad, aunque los hitos de su vida coinciden con los de la de Conesa. Ha sido un ejercicio muy complicado y estoy muy contenta del resultado. «El Orejas», además, permite a la novela un salto que llega hasta la Transición.

Silverio, el novio de Manolita, acaba cumpliendo pena en Cuelgamuros, como trabajador esclavo en la construcción del «Valle de los Caídos». En los últimos años se ha abierto un debate acerca de este enclave franquista que usted visitó a menudo en su infancia, con los familiares que llegaban a su lugar de veraneo en Becerril de la Sierra. ¿Cuál es su punto de vista?

Creo que el «Valle de los Caídos» es una *pirámide* que se hizo un dictador que causó una guerra civil terrible y que costó una millonada en un país que se estaba muriendo de hambre. Me parece que dinamitar eso es una barbaridad, aunque solo sea por el dinero que costó y el trabajo que implicó. Y que convertirlo en un monumento a la reconciliación es otra barbaridad.

Yo dejaría a Franco ahí, esa es su *pirámide*, la mandó construir para enterrarse él. Los españoles del futuro tienen derecho a poder ver aquello, verle ahí y a juzgarle a partir de ahí. Yo lo convertiría en un Lugar de la Memoria. Los lugares de memoria no son siempre positivos, mira Auschwitz, Dachau...

Como en *El corazón helado* y en las dos novelas precedentes de sus *Episodios*, en *Las tres bodas de Manolita* late una reivindicación de la Segunda República...

En esta novela hay dos personajes, uno real (el aristócrata Hoyos) y uno creado por mí, el psiquiatra Andrés Velázquez, que encarnan el espíritu de la Segunda República. Para mí, los republicanos institucionistas, progresistas, son la España dorada. Esa generación fue la mejor que ha habido en este país y la que sostuvo la gran oportunidad que tuvimos, y que nos robaron, de construir un país moderno. Esto es algo que me emociona y que me emocionará hasta el final.